

El retorno de Trump

16 de marzo de 2025

Por Jesús Castillo

Resumen: Un análisis sobre el regreso de Donald Trump a la política estadounidense, destacando que, aunque su figura parece disruptiva, está condicionado por estructuras de poder como el **"estado profundo"**, el **sistema financiero global** y **otros grupos influyentes**. Se explora cómo Trump se conecta con figuras históricas como **Thomas Jefferson**, vinculando su retórica con la **Doctrina Monroe**, el **Destino Manifiesto** y la **expansión hacia el Oeste**. Estas ideas han perpetuado el **imperialismo estadounidense** desde los inicios de la nación, afectando a países como **México** y **otras naciones Iberoamericanas**. El texto reflexiona sobre las consecuencias de este imperialismo y propone acciones para contrarrestar sus efectos, subrayando la necesidad de una mayor **autonomía regional y resistencia** frente a la influencia de Estados Unidos.

Palabras clave: Trump, imperialismo, Doctrina Monroe, Destino Manifiesto, estado profundo, Thomas Jefferson.



La victoria y su gestión de pocas semanas de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos representan una **anomalía dentro del marco político tradicional**, pero no parece que constituyan una amenaza real para las estructuras profundas que rigen la política estadounidense. Trump, a pesar de su estilo disruptivo y polarizador, **opera dentro de los límites impuestos por el capital industrial, financiero y el deep state**, que actúan como guardianes de la continuidad del sistema.

Aunque su enfoque disruptivo podría **alterar temporalmente ciertas dinámicas geopolíticas**, sus acciones seguirán siendo controladas por las fuerzas estructurales que moldean las directrices internas y externas de Estados Unidos. Sin embargo, su retorno **generará ajustes significativos en países dependientes como México**, cuya política exterior sigue subordinada a los intereses estadounidenses, independientemente de quién ocupe la Casa Blanca.

México, tradicionalmente sumiso a la hegemonía estadounidense, deberá ajustar su estrategia ante el cambio de liderazgo. **MORENA, alineado con los intereses progresistas del Partido Demócrata**, enfrentará un desafío con el retorno de Trump, cuyo discurso y políticas priorizan **mayor control migratorio, renegociaciones comerciales y una relación más directa y autoritaria** con sus vecinos del sur.

La presidenta **Claudia Sheinbaum**, quien parecía orientada a sincronizarse con la agenda de Kamala Harris y al ala progresista demócrata, **tendrá que reformular su estrategia política interna y externa para enfrentar las prioridades de un gobierno republicano**. Este cambio, sin embargo, **no será por voluntad propia**, sino como resultado de la dependencia estructural de México hacia la economía, política y seguridad estadounidenses.

En el marco de la **Segunda Guerra Fría**, con Estados Unidos enfrentando a China en la lucha por la hegemonía global, **México será reforzado como un instrumento geopolítico y económico clave**. La incapacidad histórica de México para consolidar una política exterior soberana **lo convierte en un actor meramente funcional** en esta confrontación global, lo que subraya la necesidad urgente de **repensar su lugar en el sistema internacional**.

¿Golfo de América? ¿Qué es América?

El discurso de Trump, aludiendo a la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto y la noción de la Frontera Móvil, revela una intención de reavivar las bases míticas y fundacionales del poder estadounidense en un contexto geopolítico cambiante, donde Estados Unidos enfrenta la competencia directa de potencias como China. Sin embargo, este regreso a los orígenes del pensamiento estratégico estadounidense no solo explica las aspiraciones de Trump, sino que también expone los mecanismos históricos que forjaron la hegemonía de la nación y los costos que esta tuvo para los pueblos y territorios involucrados.

La Doctrina Monroe: Un proyecto anglosajón disfrazado de emancipación

Aunque atribuida a James Monroe en 1823, la Doctrina Monroe encuentra su verdadero arquitecto en Thomas Jefferson, quien, a finales del siglo XVIII, comenzó a articular una visión estratégica: **“América para los estadounidenses”**. Pero esta frase encerraba un trasfondo étnico, cultural y religioso: América para los **WASP** (White Anglo-Saxon Protestant). En el contexto de la invasión napoleónica a la península ibérica en 1808, Jefferson vio una oportunidad para debilitar al imperio español, promoviendo la fragmentación de Iberoamérica bajo la fachada de la independencia, cuando en realidad se buscaba preparar el terreno para la influencia estadounidense.

La Doctrina Monroe no solo era una herramienta geopolítica para expulsar el “fantasma europeo” de América, sino también un mecanismo para **desarraigar a los pueblos iberoamericanos de su identidad hispánica**, alineándolos con los intereses y valores anglosajones. Así, los países iberoamericanos, fragmentados e influenciados culturalmente, fueron incapaces de formar una unidad que pudiera contrarrestar la expansión estadounidense.

El Destino Manifiesto: Una justificación divina para la expansión

El Destino Manifiesto fue más que un proyecto político; fue una **mística religiosa** que legitimó la expansión territorial de Estados Unidos de costa a costa. Los calvinistas blancos veían el continente como una tierra prometida, destinada a ser gobernada por una nación virtuosa bajo la providencia divina. Esta creencia justificó actos de despojo, desplazamiento y exterminio, transformando la conquista del oeste en un proceso brutal que consolidó a Estados Unidos como un estado-nación continental.

El Destino Manifiesto también fue la base de una narrativa épica que glorificó a los colonos y soldados anglosajones, invisibilizando el genocidio de los pueblos indígenas, la explotación de los inmigrantes europeos y la trata de blancas, que se intensificó con el uso del río Mississippi como eje comercial.

La Frontera Móvil: La violencia como motor de expansión

La conquista del oeste no solo fue una epopeya de valentía, sino un proceso sistemático de **violencia armada y desplazamiento**. Los pueblos indígenas fueron empujados hacia tierras áridas o exterminados, mientras que se desarrollaban armas especializadas, como rifles de largo alcance, para facilitar la masacre de búfalos, principal sustento de los pueblos nativos.

La noción de la “frontera móvil” se convirtió en un principio imperial que guiaba la expansión hacia territorios controlados por británicos, franceses, españoles y mexicanos. A través de la diplomacia, la guerra y la violencia, Estados Unidos consolidó su poder geopolítico, mientras que el oeste fue moldeado por la ley de la selva, donde aldeas improvisadas surgían bajo amenazas constantes.

Trump y la resurrección de los pilares fundacionales

Al proponer estrategias como la anexión de Canadá, Groenlandia, el control del Golfo de México y la “reconquista” del Istmo de Panamá, Trump no hace más que evocar estos pilares fundacionales para justificar una política de reestructuración geopolítica. Estos proyectos buscan reforzar la hegemonía estadounidense en un mundo donde el poder se está redistribuyendo y donde China representa un desafío existencial para el liderazgo global de Estados Unidos.

Sin embargo, este regreso a los fundamentos míticos también pone en evidencia las contradicciones internas y externas de Estados Unidos: una nación que se presenta como la defensora de la democracia y los derechos humanos, pero que históricamente ha cimentado su poder sobre el despojo, la fragmentación y la violencia. En un contexto de segunda Guerra Fría, estas ideas-fuerza no solo reflejan un intento de supervivencia hegemónica, sino también un retorno a la esencia imperial del proyecto estadounidense.

Regresando a Thomas Jefferson, recordemos que, desde antes de la caída del Imperio español, él contemplaba la construcción de una unión de los Estados de América anglosajona que pudiera extenderse hasta el actual Panamá. Siempre mostró interés en apropiarse de puntos estratégicos como la Florida y Cuba, esenciales para el control del Golfo de México y el Caribe. Estas ideas quedan reflejadas en tres cartas clave que ayudan a comprender la geopolítica actual.

En una carta escrita en 1801 al secretario de Estado James Monroe, Jefferson menciona el istmo de Panamá como una zona de interés futuro:

“Aunque nuestros actuales intereses nos restrinjan dentro de nuestros límites, es imposible dejar de prever lo que vendrá cuando nuestra rápida multiplicación se extienda más allá de dichos límites, hasta cubrir por entero el continente del Norte, si no es que también el del Sur.”

Este fragmento revela la intención temprana de Jefferson de dominar no solo los territorios estadounidenses, sino también el hemisferio norte del continente, con la posibilidad de incluir todo el continente americano bajo la influencia anglosajona.

En otra carta de 1820, Jefferson plantea la necesidad de establecer un meridiano que divida los intereses europeos y americanos:

“No está lejano el día en que podamos exigir formalmente un meridiano de división por medio del océano que separa los dos hemisferios, a este lado del cual no deberá oírse ningún cañón europeo, como tampoco un americano en el otro. E incluso durante el violento curso de las eternas guerras europeas, aquí dentro de nuestras regiones, el león y el cordero podrán descansar en paz.”

En este punto, Jefferson se muestra consciente de la inminente caída del Imperio español, que había controlado América durante tres siglos, con la Nueva España como su centro más importante. Hoy, esa misma Nueva España es un México fragmentado, sin poder político significativo, subordinado en múltiples aspectos a los intereses estadounidenses.

Sobre los sistemas políticos americanos, Jefferson, en una carta escrita en 1823 al presidente Monroe, expone su visión estratégica:

“Nuestra máxima fundamental y primera debe ser: no mezclarnos jamás en los enredos de Europa; la segunda, jamás permitir la intromisión europea en los asuntos de este lado del Atlántico. América, tanto la del Norte como la del Sur, tiene un conjunto de intereses peculiares y diversos de los que son propios de Europa, y por lo mismo debe gozar de un sistema privativo, separado e independiente del europeo. Cuando este último labora por convertirse en el asiento del despotismo, nuestros esfuerzos tenderán también a hacer de este hemisferio el domicilio de la libertad.”

Respecto al control de Cuba y su relevancia estratégica, Jefferson añade:

“Pero tenemos que contestarnos primero una pregunta: ¿deseamos agregar a nuestra confederación alguna o algunas de la provincias españolas?, Por mi parte, confieso haber considerado siempre a Cuba como la adición más importante que pudiera ser hecha a nuestro sistema de estados. El control que, junto con la Florida, nos daría esa isla sobre el golfo de México, y sobre los países e istmos que lo bordean, al igual que sobre aquellos cuyas aguas en él desconvocan, habría de colmar la medida de nuestro bienestar político. Sin embargo, no vacilo en abandonar mi primitivo deseo con miras a oportunidades futuras, y prefiero su independencia (la de los nuevos estados iberoamericanos) sobre la paz y la amistad inglesa, y no su anexión a nosotros al elevado coste de guerra y la enemistad con Inglaterra.”

Jefferson sentó las bases de la política exterior estadounidense hacia Iberoamérica mediante principios que después se formalizaron en la Doctrina Monroe (1823). En su visión:

- I. **No intervención en Europa:** Estados Unidos debía mantenerse al margen de los conflictos europeos para consolidarse como una potencia hemisférica.
- II. **Rechazo a la influencia europea en América:** La declaración de un sistema exclusivo para las Américas buscaba despojar a los países iberoamericanos de sus vínculos históricos con España, fragmentando cualquier resistencia unificada al poder estadounidense.

En sus escritos sobre Cuba y el Golfo de México, Jefferson reconoció la importancia estratégica del Caribe, comparándolo con el papel del Mediterráneo en la expansión romana. Sin embargo, consideró más práctico evitar la anexión directa de territorios densamente habitados por hispanos católicos, optando por subordinarlos a través de la dependencia económica y política.

Este enfoque de subordinación indirecta también se refleja en eventos clave de la historia de México:

- **La victoria de Benito Juárez contra la intervención francesa (1867):** Estados Unidos, siguiendo el principio jeffersoniano de excluir a Europa del hemisferio, apoyó tácitamente a Juárez para expulsar a los franceses.

- **La Revolución Mexicana (1910-1920):** La orquestación para el derrocamiento de Porfirio Díaz puede interpretarse como una estrategia para eliminar cualquier alianza fuerte con Europa, dado que Díaz había establecido relaciones comerciales y políticas con países europeos, lo que contravenía los intereses estadounidenses.

Las cartas de Jefferson revelan una visión profundamente estratégica y pragmática. Su doctrina no buscaba únicamente la expansión territorial, sino también el dominio geopolítico a través de la subordinación económica y cultural. La independencia de los países iberoamericanos de España no fue un fin altruista, sino un medio para despojarlos de su esencia histórica, facilitando su integración en una órbita controlada por Estados Unidos.

En la actualidad, esta política sigue siendo relevante. Las críticas de Trump hacia la OTAN o la guerra en Ucrania podrían entenderse como un retorno a las raíces jeffersonianas, priorizando los intereses hemisféricos sobre los conflictos europeos.

En la conformación y las tres ideas fuerza de Estados Unidos, debemos señalar lo siguiente:

Un punto esencial, además del desplazamiento de los pueblos indígenas y la inmigración europea, es que la conquista del Oeste se realizó a costa de la *mexico-hispanidad*. Esto ocurrió en un momento en que México nacía como un país débil en lo militar, económico y político. La primera etapa de esta apropiación territorial fue Texas, cuya anexión no fue legítima. Oficialmente, ese territorio nunca se cedió, sino que fue arrebatado, y hasta hoy no se ha podido recuperar.

Posteriormente, la guerra entre México y Estados Unidos (1846-1848) resultó en una humillación completa para México, donde el desarrollo tecnológico, científico y armamentístico de los estadounidenses imperó en el conflicto. Como resultado, se perdió el 61% del territorio que México había heredado del virreinato de la Nueva España. Es

importante destacar que, durante esta guerra, se llegó a considerar la anexión total del territorio mexicano. Pero, ¿qué hacer con una población tan numerosa de *mexihispanos*, mestizos y católicos? Un congresista estadounidense sugirió con frialdad: “*Pues los tiraremos al mar*”.

En los territorios arrebatados, si bien no exterminaron a la población mexicana, esta fue reducida a una condición de servidumbre bajo los colonos blancos protestantes. Los mexicanos eran vistos como seres inferiores, algo “*asqueroso*”, incapaces de ser concebidos dentro del paradigma racial anglosajón; el mestizaje. Eran considerados *holgazanes* y *mugrosos*, útiles únicamente para realizar los trabajos que los estadounidenses blancos no deseaban hacer. A los mexicanos se les despojó de cualquier propiedad que poseyeran y fueron sometidos a condiciones de marginalidad y subordinación que, de manera objetiva, concreta e históricamente, aún persisten hasta nuestros días.

En 1898, durante la guerra entre España y Estados Unidos, este último arrebató a España territorios clave como Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Sin embargo, ni Cuba ni Puerto Rico se consolidaron como estados de la Unión. ¿Por qué? La respuesta es similar a la pregunta sobre México: ¿qué hacer con una población mayoritariamente negra, mestiza y católica? ¿Echarlos al mar Caribe?

En el caso de Filipinas, un territorio que había sido parte del virreinato de la Nueva España, Estados Unidos lo redujo a un estado nación débil, sin voz ni voto en el escenario internacional. A esto se suma la extirpación cultural y lingüística del español, una herramienta clave de cohesión y autonomía hispánica.

De esta manera, podemos afirmar que la América anglosajona se formó a costa de:

- I. **El exterminio o desplazamiento de los pueblos indígenas hacia zonas de muerte.**
- II. **La esclavitud negra.**
- III. **El robo de territorio mexicano y la conversión de los hispano-mexicanos en siervos.**

Todo esto ha resultado en el dominio total del continente americano bajo la hegemonía de Estados Unidos.

Trump y los pilares fundamentales de Estados Unidos

La política de Donald Trump, a pesar de su apariencia disruptiva, puede interpretarse como un regreso a los pilares fundamentales del Estado estadounidense:

- I. **La frontera móvil:** Si en el pasado esta avanzaba hacia el Oeste, ahora busca expandirse hacia el norte, con intentos de conquistar simbólicamente territorios como Canadá y Groenlandia.
- II. **La subordinación y sometimiento de México:** Trump reforzó esta política histórica con un discurso agresivo contra los mexicanos, promoviendo su imagen como una amenaza, pero en realidad perpetuando su rol histórico como siervos de la economía estadounidense.
- III. **La predestinación divina:** La creencia en un pueblo elegido por Dios para “*bendecir América*” sigue siendo un eje central en la ideología estadounidense. Sin embargo, esa *América* es entendida sin acento y exclusivamente bajo la égida de Washington. Trump se ha presentado como el líder destinado a salvar no solo a Estados Unidos, sino al mundo, consolidando la noción de una supremacía moral y política estadounidense.

La historia de Estados Unidos es inseparable de un proceso de expansión territorial, explotación humana y subordinación cultural de aquellos que no encajan en su paradigma racial, religioso y político. Lo que hoy se ve como una política contemporánea bajo figuras como Trump no es más que la actualización de una doctrina histórica que busca mantener la supremacía anglosajona sobre el continente americano. Este modelo, alimentado por un mesianismo nacionalista, sigue subordinando a los países hispanos y negándoles un lugar de igualdad en la arena internacional.

Donald Trump es un político estadounidense coherente y patriota, enfocado en los intereses de su nación. Representa fielmente lo que siempre ha sido Estados Unidos: una potencia guiada por sus pilares fundacionales. Sin embargo, se distingue del Partido Demócrata, el cual, en los últimos años, ha adoptado planes y programas de corte globalista que priorizan los intereses de una élite financiera internacional sobre los del propio país. Estas agendas, diseñadas para beneficiar a esa oligarquía global, desvían al Partido Demócrata de la esencia fundacional de Estados Unidos.

A pesar de estas diferencias, el Partido Demócrata también actúa como un brazo del imperialismo estadounidense, aunque desde una perspectiva distinta a la del movimiento republicano o trumpista. Mientras los republicanos, liderados por figuras como Trump, tienden a resaltar la soberanía nacional y la hegemonía tradicional, los demócratas operan bajo la influencia de un concepto desarrollado un siglo después del nacimiento de Estados Unidos: el gobierno invisible. Este término, atribuido a figuras como William Taft y Theodore Roosevelt, se refiere a un poder que opera detrás del Estado oficial, hoy conocido como estado profundo. Este “gobierno invisible” ejerce un control significativo sobre las políticas nacionales e internacionales de Estados Unidos, persiguiendo agendas propias que a menudo trascienden los intereses del pueblo estadounidense.

El “trumpismo” y su proyección en Iberoamérica

El *trumpismo* no es solo un fenómeno político interno en Estados Unidos; es también una herramienta de control geopolítico que busca revitalizar la Doctrina Monroe para garantizar la hegemonía estadounidense en el continente americano. Con figuras como Bukele en El Salvador o Eduardo Verástegui en México, entre otros, el trumpismo se manifiesta como un brazo diplomático y cultural que opera bajo una fachada de “nacionalismo” o “conservadurismo” para mantener el dominio estadounidense en la región. Este esquema no es nuevo; es una estrategia histórica de subordinación enmascarada como asociación o protección.

Trump, lejos de ser una anomalía, representa la cara visible y sin máscaras de lo que realmente es Estados Unidos: un Estado fundado en la expansión territorial, el supremacismo cultural y la instrumentalización de los pueblos de Iberoamérica. Su administración, y las ideologías que le suceden, buscan consolidar el poder estadounidense para plantar cara al creciente poder de China y recuperar su papel de hegemonía mundial.

Por ejemplo, cambios simbólicos como el intento de renombrar el Golfo de México o el control de rutas estratégicas en el Caribe son expresiones claras de una política monroísta renovada. Este modelo busca mantener a Iberoamérica en una posición de subordinación permanente.

¿Qué puede hacer México y Iberoamérica?

En este contexto, es pertinente preguntar: ¿qué puede hacer Morena, el partido gobernante en México, o cualquier otro liderazgo político en Iberoamérica? ¿Qué pueden hacer los mexicanos e hispanos, desde California hasta Argentina, desde España hasta Filipinas, frente a un tercer siglo de humillación?

La respuesta, lamentablemente, es que las capacidades actuales de las clases políticas hispanoamericanas son muy limitadas. Esto se debe no solo a la falta de poder real frente a Estados Unidos, sino también a su propia incompetencia y, más importante, a una inconsciencia histórica que perpetúa la subordinación cultural e ideológica.

En el caso de Morena, aunque ha consolidado su poder doméstico más allá de lo que su fundador pudo lograr, en cuestiones de geopolítica y poder real en el mundo es incapaz de hacer algo significativo. Parte de esta incapacidad radica en la internalización de narrativas extranjeras, como la Leyenda Negra, que ha sido adoptada como política de Estado, maldiciendo la conquista española y el legado hispánico.

Esto no solo contradice la historia de México, sino que también debilita su capacidad para entenderse como una nación con raíces profundas en la hispanidad. En lugar de asumir el rol de herederos de la Nueva España y de una civilización hispánica, México se presenta como una nación postcolonial, subordinada no solo económicamente, sino también cultural e ideológicamente a los intereses estadounidenses.

México: el germen de la hispanidad

Es fundamental recordar que México no era simplemente una colonia de España; México **era España**. La Nueva España no era un apéndice, sino una extensión esencial de la Monarquía Hispánica Universal. La identidad hispano-mexicana no puede ser separada de su historia, pues es en México donde se gesta una parte central de lo que entendemos como hispanidad.

México es, en muchos sentidos, la nación más hispana del mundo. Es el corazón de una civilización que sintetiza lo ibérico católico, lo indígena americano y lo africano subsahariano, y que tiene la capacidad de liderar un resurgimiento hispánico a nivel global. Sin embargo, para lograrlo, es necesario romper con las narrativas extranjeras que buscan dividirnos, ya sea mediante la Leyenda Negra o la subordinación ideológica a Estados Unidos.

¿Qué hacer frente al trumpismo y la subordinación?

La respuesta no es sencilla, pero comienza con un cambio de conciencia histórica. Los mexicanos, los hispanos en general, deben entender que su destino no está en la subordinación a un modelo anglosajón, sino en el fortalecimiento de la identidad iberoamericana. Esto implica:

- I. **Reivindicar la hispanidad como un elemento central de nuestra identidad.** Dejar de considerar la conquista como una desgracia y asumirla como el origen de una civilización mestiza única.

- II. **Construir alianzas estratégicas dentro de la iberofonía.** Desde México hasta Argentina, desde España hasta Filipinas, es necesario formar bloques de cooperación cultural, económica y política que puedan resistir las presiones externas.
- III. **Fortalecer la autonomía económica y cultural.** Esto incluye reducir la dependencia de los Estados Unidos en términos comerciales, tecnológicos y narrativos.
- IV. **Recuperar el sentido de comunidad histórica.** Entender que los problemas de México no son solo de México, sino de toda la hispanidad.

El tercer siglo de humillación puede evitarse si entendemos que nuestra fuerza radica en nuestra historia, en nuestra lengua y en nuestra identidad compartida. Sin embargo, mientras sigamos atrapados en narrativas ajenas y en divisiones internas, el trumpismo y su Doctrina Monroe seguirán imponiendo su dominio.

Dentro de Estados Unidos, los hispanos **están desempeñando un papel creciente en la configuración del panorama político**, aunque con una desconexión entre las narrativas progresistas y las necesidades materiales de esta comunidad. **El enfoque del Partido Demócrata**, basado en el asistencialismo ignorando las necesidades reales de la comunidad hispana y la inmigración masiva, **ignora los efectos negativos que estas políticas tienen en la clase trabajadora hispana**, incluida la presión sobre los salarios y las condiciones laborales.

El discurso progresista o "woke" busca **desactivar cualquier conciencia histórica y civilizatoria de los hispanos**, presentando la inmigración como un fenómeno inevitablemente positivo, mientras **oculta sus consecuencias devastadoras**: el despojo de fuerza laboral, la dependencia económica de las remesas y la fractura de la cohesión familiar y comunitaria.

El pragmatismo de "Hispanics4Trump". El creciente apoyo de los hispanos a Donald Trump no es un fenómeno aislado ni reducible al "racismo interiorizado". Más bien, **refleja un pragmatismo político que busca una integración real en el sistema estadounidense.**

Este grupo **rechaza el asistencialismo vacío del Partido Demócrata** y apuesta por una participación política plena, reconociendo que el desarrollo debe centrarse tanto en su tierra natal como en su nuevo hogar.

Este pragmatismo no rechaza las raíces culturales hispanas, sino que **plantea un redescubrimiento de su identidad como herederos de una civilización iberoamericana** con un papel legítimo en el futuro de América. Frente al relativismo cultural promovido por los progresistas, **muchos hispanos encuentran en el nacionalismo cívico de Trump una alternativa más sólida y realista**, que prioriza la estabilidad económica, el fortalecimiento comunitario y el orgullo identitario.

La ruptura con la narrativa de la “plantación demócrata” **marca un momento clave en la madurez política de los hispanos en Estados Unidos**. Este movimiento plantea preguntas cruciales sobre su identidad colectiva y su rol político:

- **¿Somos una minoría más dentro de un imperio decadente, o los herederos de una civilización con 500 años de historia?**
- **¿Seguiremos siendo "Latinx" según la definición progresista, o nos asumimos como "hispanos", conscientes de nuestra herencia y potencial?**

Esta emancipación no implica un alineamiento automático con el Partido Republicano, sino **un primer paso hacia la construcción de un poder político independiente, capaz de negociar desde una posición de fuerza y exigir respeto a sus intereses**.

El despertar del León Hispánico: hacia una nueva civilización

El gobierno mexicano, y con él los pueblos de Iberoamérica, deben entender que **la situación actual no es accidental**. El subdesarrollo, la pobreza, la subordinación y la dependencia no son fenómenos naturales, sino el resultado de un proyecto histórico consciente, diseñado para mantenernos aplastados. Mientras México y las demás naciones hispanas sigan ignorando su

esencia histórica y cultural, continuarán siendo piezas funcionales en el engranaje del dominio estadounidense.

México ha optado por idealismos vacíos: una “política económica humanista” que nadie puede definir, discursos de paz perpetua y autodeterminación de los pueblos originarios que no enfrentan las realidades geopolíticas, y una narrativa sobre los pobres que, aunque importante, no aborda las causas estructurales de su pobreza.

La verdad es clara: **mientras exista Estados Unidos tal como es hoy, nunca permitirá el desarrollo pleno de México ni de ninguna otra nación al sur de su frontera.** Estados Unidos no puede tolerar un Japón ni una Alemania en su patio trasero. Necesita una fuente constante de mano de obra barata y una economía dependiente que alimente su industria, mientras mantiene a los migrantes en un limbo de ilegalidad que garantice salarios miserables.

La responsabilidad histórica de México

México no es cualquier nación; es **la flor más hermosa que plantó España en el continente**, como diría Rubén Darío. Es el germen de la hispanidad y, por ende, la nación con la mayor responsabilidad histórica de liderar un resurgimiento iberoamericano. Esto no se trata de un nacionalismo vacío, sino de un **proyecto civilizatorio**. México debe ser la **cabeza de león** que despierte y dirija esta odisea de reconquista cultural, política y espiritual.

Pero para eso, México debe recordar quién es. No es un país postcolonial, no es simplemente un territorio conquistado; es **el corazón de una civilización mestiza que integra lo mejor de Europa, América, África y Asia, lo indígena, lo español, lo africano subsahariano y más.**

¿Qué podemos hacer como hispanos?

Bueno, en concreto, no es lo que podemos hacer, sino lo que haremos: para empezar; una organización tal para insubordinarnos, recordar quiénes somos. Al igual que Trump, volver a nuestros orígenes, como él lo ha hecho. Seremos de nuevo un pueblo conquistador y no conquistado. Reivindicaremos a **Hernán Cortés**, volveremos a ser exploradores de cosas nuevas, conquistaremos hacia los cuatro puntos cardinales. Y, sobre todo, conquistaremos los corazones de los angloamericanos, afroamericanos y demás grupos, porque ellos también han sufrido a manos de su propia casta política estadounidense, una casta que solo se preocupa por el dinero. Se han olvidado de su propio pueblo; si esto fuera mentira, no estarían las calles llenas de drogadictos y personas sin hogar, veteranos olvidados, nativos americanos relegados al alcoholismo en campos de concentración mal llamados reservas, y una enorme deuda de pensionados, olvidados incluso por sus propias familias. Además, encontramos una población afroamericana desplazada en guetos y un grupo hispano considerablemente grande, pero sin voz ni voto.

Así como **Cortés** conquistó no solo el corazón de **Doña Marina**, sino el de un puñado de indígenas para luchar contra el opresor, toda la hispanidad e iberofonía nos levantaremos y reclamaremos no solo Cuba, Puerto Rico, las Malvinas y el Esequibo, sino también Florida, California, Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y más. Uniremos fuerzas para llamar al golfo de México como debe llamarse y estaremos a la vanguardia para continuar con la gran civilización que somos.

El león decrepito que Jefferson anticipó en 1820 cayó; es evidente que hemos caído. Pero un león con conciencia concreta, objetiva e histórica se levantará. Será de nuevo el león que formó Felipe II, uniendo a toda la hispanidad en ese cuerpo que, desde California hasta Tierra de Fuego, desde Filipinas hasta España, desde los bordes de África hasta Asia, volverá a rugir. **Rugirá tan fuerte que el mundo entero temblará.**

El regreso de Trump y el despertar del pragmatismo político hispano **son señales de que las narrativas falsas del nacionalismo de campanario han caducado.** El momento de actuar

ha llegado. **Es tiempo de organizarse, de construir un proyecto soberano que garantice un lugar digno para los hispanos en el futuro de América.**

La pregunta ya no es si podemos hacerlo. **Es si estamos dispuestos a asumir este desafío histórico. El tiempo de las excusas ha terminado; el tiempo de la acción ha comenzado.**

Autor: Jesús Castillo (Chihuahua, 1994) es escritor, obrero y empresario, además de militante de Vanguardia Mexicana. Es egresado de la carrera de Ingeniería Aeroespacial y autor de textos dedicados a la militancia de las Vanguardias Iberófonas Socialistas.

Correo: jesusdcastillo2048@gmail.com